

PRECIOS DE SUSCRICION.

EN MADRID.

Un mes. 4 rs.
Tres meses. 11

EN PROVINCIAS.

Tres meses, en la administracion. . . . 14
Seis meses, en la misma. 26
Tres meses, por comisionado. 15
Seis meses, por comisionado. 28
ESTRANJERO: tres meses. 30
ULTRAMAR: seis meses. 3 p/s.



SE SUSCRIBE:

En Madrid, en la administracion, calle de la Ballesta, núm. 6, y en las principales librerías.
En provincias, por medio de carta franca á la administracion, ó en las casas de los comisionados de FIGARO.
En el estran ero y Ultramar, en las principales librerías.

SE PUBLICA:

Los Martes y los Viérnes.

ADMINISTRACION Y REDACCION.

Calle de la Ballesta, núm. 6.

No se sirve suscripcion alguna cuyo importe no se reciba con el aviso en libranzas ó sellos.
La correspondencia, al director de FIGARO.

FIGARO

PERIÓDICO CRITICO FESTIVO.

LA SEMANA SANTA EN LA ALDEA.

En vano los católicos de las populosas ciudades hacen callar á las campanas, suspenden el trotar de los caballos y el rodar de los carruajes, y truecan los ricos colores de los trajes de las damas por el de duelo cuando llega la semana en que la Iglesia conmemora la Pasion del Redentor; en vano sus lábios dejan de sonreír y su rostro de espresar los sentimientos de desden, de ironía, de placer carnal que en él se pintan de ordinario; en vano la voz toma otro acento, y el rostro otra espresion triste y severa, y el recogimiento y la gravedad reemplazan al desenfadado y á la desenvoltura: los pobladores de las grandes ciudades no podrán nunca poner en consonancia su aspecto con las escenas de dolor y de abnegacion que la «Semana Santa» les recuerda.

Madrid es, quizás, de todas las capitales de Europa, la que mas se transforma, llegada la Santa Semana. No va el Juéves de Pasion, como París, la Babilonia moderna, la cortesana del mundo, á un paseo como el de Long-champs á exhibir las telas y trajes que á sastres y modistas se les antoja acreditar en la temporada; no se estasia con el lujo y la estravagancia de sus cortesanas mientras la Iglesia pone á la cintura de Cristo la soga con que fué atado á la Columna, y sobre su cabeza la corona de espinas; no acude en tumulto á las carreras decaballos, llevando á mano el repuesto de viandas, y haciendo saltar á centenares los corchos del Champagne mientras los fieles practican la abstinencia. Madrid ayuna y reza; las iglesias se llenan de gente decorosa y severamente ataviada; las velas lucen á millares en los monumentos; los coches no circulan, y el ruido de los pasos de un pueblo entero que recorre las iglesias es lo único que turba el silencio que tan profunda impresion produce en el ánimo, por lo que contrasta con el bullicio y asordante y continuo rumor del tráfigo ordinario. Roma misma no acomoda su aspecto tan bien como Madrid á la tristeza de estos días.

Pero el recogimiento no espresa del todo el dolor. Todavía nos mantiene atados al mundo y á sus sensaciones, entre otras cosas, la belleza y la elegancia de las madrileñas; mas hermosas vestidas de negro, con la mantilla nacional y los ojos bajos, que solo de cuando en cuando dejan escapar rayos de magnética luz, tanto mas intensa, cuanto mas concentrada, que adornadas de brillantes colores, de oro y de seda, y afrontando con sereno rostro las codiciosas miradas de los hombres.

Para espresar el dolor es necesaria la soledad; para comprender bien la abnegacion es preciso vivir entre hombres que gocen poco y que sufran mucho.

Salgamos de Madrid. Vamos á pasar la Semana Santa no en la corte, ni en Sevilla, tan fastuosa con su ejército

de penitentes y sus ricas y numerosas cofradías, ni en Toledo, donde la sinagoga del judío ó la morada del árabe se abrierán al par de la magnífica catedral cristiana, sino en la aldea.

Los campos están desiertos, y por cualquier parte que se tienda la vista aparece la soledad. La madre tierra rechaza la mano del hombre en este día, como si también ella se propusiese consagrarlo á adorar al Dios que en su seno quiso morir y ser sepultado. Las tibias ráfagas que sobre su haz corren, no traen al oído ningún rumor; las aves mismas parecen silenciosas: ¡Ellas, que el Sábado Santo, cuando el Señor ha resucitado, saludan afanosas con sus trinos la aparicion de la primavera!

La naturaleza armoniza con el suceso que los hombres conmemoran: la soledad es su voz. ¡Cuán grande, cuán profunda para el que puede entenderla!

Los hombres están todos en la aldea. Solo falta algún pastor que ha quedado en el bosque guardando el rebaño, recogido al amparo de los añosos robles. No volverán á verse juntos ni á suspender todos á la vez el continuo trabajo hasta que la noche de Navidad los congrege al redor del hogar, bajo la gran campana de la chimenea.

Hoy el lugar donde todos acuden es la iglesia; que no es el nacimiento sino la muerte y pasion del Hijo de Dios lo que conmemoran. Allí está la tosca efigie, labrada de madera por mano mas piadosa que diestra, del Redentor muerto, tendido en su sepulcro, con las manos heridas, la frente ensangrentada. Allí se mira esa otra efigie de la amorosa Madre, traspasado su pecho por afilados cuchillos, que despiden triste fulgor á la luz de la cera; cubierta la cabeza de enlutadas tocas, en las manos el blanco paño con que ha de enjugar la sangre y el sudor mortal del Hijo.

Negro es el color del traje de las mujeres, y negro ó pardo el de los hombres, cubiertos con largas capas. Las palabras del sacerdote, que desde el púlpito describe las escenas de la Pasion, llegan derechas á sus corazones. ¿Qué les dice? Nada mas que el Evangelio, sin doctrina, sin erudicion, sencillamente; pero les recuerda que el Redentor padeció, y los que han sufrido comprenden bien el dolor; les dice que su muerte fué un ejemplo divino de abnegacion, y aquellos cuya vida es continuo sacrificio comprenden la abnegacion.

Mirad á ese labrador sentado en el banco del ayuntamiento.

No es de los mas ricos del pueblo, pero pasa por bien acomodado entre tantos pobres. Toda su vida trabajó, y de jornalero pudo llegar á arrendatario, y aun á adquirir

algunas tierras. Hasta los cincuenta años, confiando en su robustez y en su vida sóbria y laboriosa, no temió el porvenir, no perdió la esperanza. Pero las fuerzas físicas comienzan á faltarle, el cuerpo se resiste ya al trabajo y á la inclemencia de las estaciones, y el pobre labrador, rayando en la ancianidad, comienza á creer que no ha hecho mas que caminar por la arena, sin adelantar un paso. Paga cada vez mas renta; las malas cosechas se siguen unas á otras; la familia es mucha y de ningún auxilio, los recursos pocos; las enfermedades han consumido los ahorros; los acreedores sobrevienen; para todo ha de bastar el trabajo de sus brazos, que ya flaquean. Duda el anciano si le será dado morir en paz, en la casa que habita y en el lecho en que duerme, amado de los suyos y respetado de sus iguales, y en su dolor cobra fuerzas para continuar hasta el último día y hasta la última hora la lucha, oyendo lo que sufrió por redimirle el Hijo de Dios.

Por la falda de la cuesta, en el sendero donde de trecho en trecho se miran colocadas esas cruces de piedra, representacion de las estaciones que el Señor recorrió hasta llegar al Calvario, camina una mujer anciana. Párase y se arrodilla ante cada cruz, y reza con fervor, hasta que llega al Humilladero, donde luce una lámpara ante la imagen de Cristo Crucificado.

Si posible fuera que os mostrara su corazon, le veríais destrozado de dolor. Tres hijos tenia, y solo uno conserva, aunque con temor continuo de perderle, porque hace un año «que sirve al rey», y sabe por triste experiencia la anciana que no vuelve siempre al hogar paterno quien salió de él para el oficio de las armas.

A la vista del Callao, y á bordo de la «Almansa», pereció su hijo mayor, infante de marina, defendiendo como bueno el honor de la patria.

El fin del hijo segundo fué harto mas triste. De manos de sus mismos amigos y camaradas recibió la muerte, no peleando, sino por la espalda, por haber faltado á su deberes y juramentos. Víctima, mas que de su ambicion, de la ambicion de otros, murió oscuramente y sin honra, invocando el nombre de su madre, y admirándose de que el mundo donde ella vive no fuese, como ella, capaz de infinita misericordia.

¡Qué mucho que esa anciana rece ahora en la iglesia ante la imagen de Maria!

¡Dolor! ¡dolor! Tú llenas el mundo hasta mas allá de las nubes y de los astros, y para limitar tu imperio, fué preciso que el Hijo de Dios viniera á la tierra á sufrir con el que sufre, á llorar con el que llora!

Mas ya las campanas salen de su mudez y llenan el aire con sus vibraciones, á las que acompaña el estruendo de las armas de fuego. Los campos se pueblan de nue-

vo, el cielo se despeja, los pájaros cantan, la naturaleza sonríe. El Sábado Santo comienza en realidad la primavera.

¿Qué misterio es ese; que el sol luce siempre el día de la Resurrección y que, al rasgarse el velo del templo se rasgan las nubes para que esparza sus rayos por la tierra y vuelva a los hombres la alegría? ¿Es la naturaleza la que se asocia a la Religión, ó es que el alma purificada por el dolor halla claridad donde antes no veía mas que sombras?

No sé responder; pero lo que puedo decir es que la vista del campo y de la aldea el sábado de Resurrección recuerda la primera mirada que, niños, dimos a la naturaleza, y que, como entonces, esta aparece brillante, pura y magnífica como los ojos del hombre no vuelven a verla.

JULIAN VARGAS JIMENO.

CONVERSACIONES LITERARIAS.

De cómo puede enloquecer un barbero honrado por mor de una definición.

Yo no he creído jamás en los días climatéricos, ni me he preocupado grandemente de los fatalismos, cualquiera que sea la forma en que nos los dejaron nuestros invasores los árabes, y los hemos mantenido nosotros, con grave ofensa de Dios.

El que se entrega en cuerpo y alma a la idea de que la suerte próspera ó adversa, la predisposición del signo, un accidente leve, insignificante en la marcha de los acontecimientos ordinarios producen todos los sucesos, determinan todos los altibajos de la existencia física, moral y social del hombre, concluye por abdicar su propio ser, por no ser mas que una piedra lanzada al espacio por la mano de la fatalidad, que allí cae, aquí rebota, allí rompe una costilla y mas allá se estrella.

¿De qué pueden servir la voluntad, la memoria, el entendimiento, es decir, las fuerzas, las potencias del alma, como dice la filosofía cristiana, al que las considera impotentes ante la inercia, cuando menos, de los hechos que prepara la fatalidad?

Y sin embargo, yo no sé qué diantres de innatas supersticiones hay en mí, de las que no me doy cuenta, que no me explico, y aun mas, de las que me río a mis solas, que al cabo me asemejan a la mayoría de mis paisanos. Ello es que cuando me zumba el oído izquierdo, en seguida me pongo a pensar en mis enemigos y malquerientes, alguno de los cuales me está desollando vivo en aquel instante, ó pregunto a mi mujer si recuerda que tengamos algún acreedor impaciente, ó que hayamos prestado a algún amigo grandes beneficios ó dinero: únicas personas aquellas que pueden con éxito hablar mal de FIGARO, porque a los maldicientes de oficio ni los oye Dios ni el diablo.

Si el zumbido me suena en el oído derecho, al momento se me figura que me van a pedir un favor grande, porque fuera de este caso, ¿quién es el que habla bien de su prójimo por costumbre?

Cuando me convidan a comer, antes de sentarme a la mesa, cuento los cubiertos para ver si son trece. Si con-

vido yo, tengo buen cuidado de que mi mujer evite el número fatal.

Si salgo a la calle con el pié izquierdo, ó si al dejar mi casa me encuentro de manos a boca con un tuerto, que podrá ser el hombre mas honrado de la tierra, pero al cabo estuerto, y por consiguiente de mal agüero, vuelvo a casa lo antes que puedo, y ya me tienen los mios de mal humor para todo el día.

El aullido prolongado y lúgubre de un perro me crispa los nervios; la presencia de una gitana me hace temblar por miedo de que haga mal de ojo a mis chiquitines; ¡qué mas! los sueños me dan guerra, y despierto tan preocupado «épensosso» como Faraon con las siete vacas gordas y las siete flacas que vió dormido, y cuyos pronósticos esplicó José, el de la capa.

Yo no creo en agüeros, yo no me cuido, ya lo he dicho, de la fatalidad, pero he mamado, según nuestra frase vulgar, sin duda alguna la enfermedad propia del país, el mal de la tierra. Todos dicen lo mismo que FIGARO: nadie tiene supersticiones cuando habla de ellas, y en todos influyen mas ó menos activamente en la mayor parte de las circunstancias de la vida.

Y es que a veces la casualidad produce combinaciones diabólicas. Quiere uno resistirse a un mal pensamiento, y le suele suceder como a aquel gallego que sospechaba que había una riña en cierta callejuela oscura donde ya le habían sacudido tres garrotazos en las costillas.

Sospecho que ayer fué mal día para mí, porque los tres garrotazos del gallego no me faltaron. La mañana se había anunciado mala desde luego: ví a un moscardón negro que revoloteaba gruñendo alrededor de mi cabeza; distraído, comencé a persignarme con la mano izquierda; me encontré encerrado en mi habitación un gato negro que nadie supo luego por dónde había venido; me ocurrió, en fin, cuanto puede ser tenido por anuncio de desdichas.

¿Qué había de suceder!

Apenas puse el pié en la tienda, entró a «servirse» un caballero flacucho; corto de vista digo yo que sería, porque llevaba anteojos; larga nariz; labios delgados; una barbita rala y peinadita hacia delante; mejillas hundidas y cuello estrecho con la protuberancia que llamamos nuez muy pronunciada.

Quería que le rizara el cabello a estilo de perro de aguas, que ahora se usa, y mientras se calentaban los hierros, hicele la pregunta inevitable ya para todo español.

—¿Qué hay por esos mundos? le dije.

—No sé, me contestó. Estoy completamente alejado del mundo, señor FIGARO: los estudios filosóficos a que me dedico reclaman toda mi atención; no tengo hora libre. Profundizo el corazón humano para retratarle en un trabajo humorístico, que daré pronto a la estampa, y que, ó mucho me engaño, ó ha de ser la admiración de los presentes y de los venideros.

—¡Hola, hola! ¿Ahí estamos? repuse yo. ¡Con que un trabajo humorístico! ¡Eh! ¿Y qué es ello? Porque, la ver-

antes tan guardada, y las magnificencias estériles para ganar el cielo, propias no mas que para la perdición eterna.

No de otra suerte pasaban los años, y corría el caudal por las manos de la muchacha a las de los mercaderes, como van las aguas de un río a la mar, su natural centro y última estancia. La alcancía del viejo no era grande; el capitán, que allá por Zelanda repartía cintarazos ó recibía pelotas de arcabuz, según que la suerte le era próspera ó contraria, dióse también a gastar presto la paga, que a sus manos llegaba escasa y tardía, ya que llegara; y el consejero respondía a todo, y libraba los buenos escudos a su hermano, por el amor de Luisica mas que por la fuerza de la sangre. Y era que Pedro del Río, no teniendo ya el pasatiempo antiguo de andar a daga los palos, toma los palos con su mujer, que Dios haya, tomó el jugar, hoy una primera de Alemaña, esotro día unos dados ó unas pintas encima de un atambor, ó sobre la mesa patituerta de una hostería, yéndosele muy bonitamente los dineros, sino de perdidoso, de galán, que lo era con aquellas hembras de airada vida que a la husma de los acampamentos van y de las desenvolturas recíprocas de los soldados.

Y decía Pedro del Río a su hermano en cartas con que respondía a las sesudas reflexiones en que le amonestaba el consejero:

«Vos, hermano, y mi Luisa haceis vuestro plato y pasto de lo mejor que os sirven en la mesa, que es lo mejor que en Bruselas ofrece la alhóndiga: yo, misero que soy, sin plato cómo, y sin regalo vivo. Vos a los pavos, faisanes, jabalí, peces, leche, y conservas; yo al húmedo bacallao, a los arencones y a la vianda mala y poca del pobre capitán de una compañía de caballos en estos días de desconfianza y ruina. Vos durmiendo en lecho blando y aderezado con ropas olorosas y blancas; yo en el potro de estas camas que el diablo se lleve. Vos, en fin, hermano, y mi hija, regalados; yo molido y despedazado. Del ocio y de la miseria nace el afán del juego; hános dicho que pierdo siempre, y así es la verdad, que tal me pone la negra y hedionda de mi suerte. Enviadme acá unos

dobles de los que para estas tierras se trujo de nuestra España aquel ladrón de D. Xebres, que como yo logre tomar el desquite, júroos no volver mas al juego, puesto que pase los días de este forzado ocio mirando al Cielo, y trayendo a la memoria a las queridas prendas de mi corazón, que vos y mi hija sois, tan cierto como se llama este vuestro hermano,—Pedro del Río.»

Pero el desquite nunca llegaba para el capitán, y el consejero, bien que hiciera propósito de no librar mas dineros, librábalos siempre que el padre de Luisica se los pedía, que ya mas temor que las iras del gobernador Requesens poniale el mirar zahareño de su hermosa sobrina.

Que lo era y mucho Luisica sentía el viejo, y allá en sus entrañas devorábase fuego de amor, que tanto es mas intenso y mas inextinguible, cuanto es la edad madura y la esperanza incierta. Que amar un letrado de cincuenta años a niña de diez y siete, él acabando, ella sin comenzar acaso; él muriendo, ella en las puertas de la vida y sin casi haberlas traspuesto, martirio, es, que no deleite, y nada como el dolor aviva y enciende las pasiones. Dado hubiera D. Luis por una hora de juventud los años que de su vejez le quedaban, y por un brevísimo instante de correspondencia habría puesto a los pies de la sobrina lo que de su caudal aun tenía, bien que ya no fuese mucho.

Conocía Luisica el destrozo que sus ojos negros y grandes, sus labios encarnados, su cuello blanco y redondo, su levantado pecho y todas las perfecciones que ella misma se reconocía en el espejo tenían hecho en el alma de su tío, que ladina éralo mucho y nada se la escapaba. Hubiera querido acabar las ansias del consejero, premiar su afecto y pagarle en dichas los beneficios que del mismo recibía; pero había ya de por medio un mancebillo, muy a lo galán, que era un pajeito de cierto señor principal; por cuanto que hijo del hermano de una cuñada del ama de D. Luis, en quien, diré de paso, desahogaba todavía el consejero sus malos humores, y que por serle útil para esto, cuando no para otra cosa, moraba aun en la casa del letrado.

No escuché bien lo que entonces dijo, porque fui a buscar un hierro caliente. Cuando volví,

—Sí, amigo FIGARO, sí, continuaba: para saber del hombre hay que estudiarle sin máscara, en la libertad de la orgía, cuando el desenfreno ha llegado a su colmo, y las pasiones, «como lava hirviente», rebosan ya sin medida «por los cráteres de la voluptuosidad y del sensualismo», que son los ojos y la boca. Entonces el corazón exprime sus crueldades, la imaginación, puesta a su servicio, estalla, y sale, como torrente desbordado, la verdad de la idea, materialista, realista, panteísta....

No pudo acabar porque le había quemado, sin querer, una oreja.

—Dispenseme Vd., le dije; el entusiasmo y la admiración que Vd. me causa han tenido la culpa: y luego que como tiene Vd. esa cabeza tan volcánica, yo creía que el hierro caliente no había de quemarle.

El escozor de la oreja debió ser mucho, porque el escritor callaba; por fin, para sacarle de un silencio que se volvía contra mí, repuse:

—Yo creo que tiene Vd. razón: la multitud de los hombres y de las mujeres no es lo que parece; ese no debe de ser, como Vd. dice, el mundo....

—¿Qué ha de ser! La humanidad es mala por naturaleza: suprima Vd., FIGARO amigo, las conveniencias sociales, eso que se llama el decoro, la vergüenza, y todas las falsas virtudes caerán por tierra. Esta es la verdad, por mas que intenten desfigurarla los maestros de las escuelas antiguas.

Yo estaba admirado, lleno de asombro con lo que oía. Sin entender mucho las teorías de aquel filosofillo de veinte y cuatro años (no tendría mas), y sospechando si él las entendería aun menos que yo, quise que me explicase de qué modo aplicaría sus ideas a la obra que proyectaba, y al efecto, le pregunté:

—Y dígame Vd.: ¿cómo se titulará ese trabajillo que ya tenemos en cartera?

—Eva.

—¿Sabe Vd. que tiene miga el título?

—¿Qué si tiene! No lo sabe Vd. bien. Eva; es decir, la mujer; es decir, la vida; es decir, la muerte; es decir, el caos; es decir, lo infinito; es decir, Dios.

—Pues apenas se esconden cosas detrás de esas tres letras que parece que nada valen!

—¡Bah! El escritor humorista todo lo encuentra en la nada; y en la nada lo vé todo; y todo en todo; y nada en nada; y todo y nada; y nada y todo....

FOLLETIN.

CUENTOS DE VIEJAS,

POR

FEDERICO VILLALVA.

EL COLLAR DE PERLAS.

II.

Porque ya desde entonces no hubo cosa que para Luisica no codiciara el buen letrado, ni afición de la muchacha que al viejo no agradase, ni de cuanto ella apeteció, por caro ó dificultoso, hubo nada que su tío le negara.

Y fué que D. Luis del Río, como quien hasta en los maduros años vive solo, y sin otros cuidados que los de su persona y hacienda, hallóse con que nunca el dinero se goza como cuando se gasta, y que lo mismo que con el dinero acontece con los dones todos de naturaleza, bien que sean de los del gusto, bien de aquellos que tocan al ánimo y al sentimiento del corazón. Favorecía Luisica el interés de su tío con halagos de palabras tiernas, de sonido amoroso y dulce consonancia, que en ello era maestra, sin de nadie haberlo aprendido, y sin cuadrar su blandura con las asperezas de su madre doña Bárbara, mas de un tanto desabrida y murmuradora. Propia condición es de las mujeres tener por suya y no enseñada la ciencia de la adulación y de la alabanza, que, según les cuadrare y conviniere, no hay prendas que en ellas valgan mas, ni con las que mas a sabor suyo muevan el gusto ajeno.

El de D. Luis fué todo para su sobrina; que con las gracias y donaires de la niña arrobado se pasaba las horas mirándola, haciendo de aquí los demasiados gastos, el prodigar la hacienda, en

Y «nadando» me lo dejó en aquel mar de palabras para buscar otro hierro.

—Perfectamente, añadió luego; pero, ó yo estoy equivocado, ó eso que Vds. los escritores llaman «humorismo», y que por cierto me han dicho que no es palabra literaria sino médica, es aquella forma de literatura en que se mezclan el ingenio, la sensibilidad, la gracia, la travesura, con otros chistes mordaces y filosóficos. Y lo que usted me dice que se ve detrás de la palabra Eva....

—Ignorancia de Vd., señor FIGARO, y de otros como usted, interrumpiéndome, exclamó mi parroquiano. Esa que Vd. hace es la definición clásica del «humorismo»; pero nosotros, los de la escuela profunda y trascendental, lo hemos arreglado de otra manera.

—Ya entiendo: como en el «Médico á palos», en donde el corazón pasa á la derecha, por haberlo así dispuesto Bartolo.

—Nuestro «humorismo» consiste en profundizar, con tono de «así, como de quién no hace ni quiere la cosa», las cuestiones graves, los altos y bajos problemas de la filosofía; en remontarnos á la creación; en seguir al mundo en su carrera hasta la consumación de los tiempos; en levantar fibra á fibra las entretelas del corazón humano, como haría el colegio de San Carlos; en diseccionar á la mujer, y en demostrar que sobre la tierra no hay sino miseria; que el escepticismo, la duda, la mentira, en fin, es la sola verdad que existe.

A este tiempo acabé de peinarle, y él con la poca razón que me quedaba. Pagó, cobré, fuése no sé si á Leganés ó de veras á escribir el libro que ha de ser la admiración de los presentes y de los venideros. Meditabundo me dejó, he de confesarlo, aquel chicuelo, y así estaba aun cuando acertó á entrar en la tienda para que le afeitara un señor, antiguo conocido mío, que escribe revistas en los periódicos y que tiene fama de ser el primero de los «humoristas» de España.

Sentóse; echéle el paño por la cara; se la unté de jabón; golpeé la navaja; le cogí con el pulgar y el índice de la mano izquierda la nariz, y comencé á pasearle el instrumento de mi oficio por el labio superior. De pronto me vino á la imaginación el personaje de aquella mañana, y sin dejar de las narices al que tenía entre manos,

—Dígame Vd., señor de..... (el nombre no hace al caso); le pregunté: ¿qué entiende Vd., por eso que en literatura se llama «humorismo».

Mi hombre estuvo á punto de rebanarse un labio, porque, sin reparar en mi actitud, echó rápidamente mano á un papel que llevaba en el bolsillo interior del gabán, desdoblólo, y diciéndome:?

—¡Esto!..... comenzó á leer de la manera siguiente: «Tengo delante de mí una hoja de papel.—¡Papel!—«Papyrus», decían los latinos.—Los latinos; los habitantes del Lacio, que era una parte de Italia.—¡Papyrus!..... ¡El Lacio!—Estas dos palabras traen á mi memoria la augusta persona del Papa Pío XI.—¡Pío, Pío!—Hasta los pequeñuelos de las aves de los corrales (léase gallinas) pronuncian su nombre.—El nombre lo es todo en la vida.—¡La vida!—¿Para qué queremos la vida?—Todos los días la malgastamos inútilmente.—Somos lo mismo que el jugador que pone á una carta su porvenir: á cada hora

III.

Y ahora, pues, diré también de qué modo Juanico, que este era el nombre del paje, había llegado á señor del corazón de Luisa.

Como en los años la igualaba, y como era tan familiar en la casa del consejero, que de antaño entraba en ella y salía según que en la propia; y como á mas tañía y danzaba á maravilla, tomó por achaque dar lecciones á Luisa de aquellos primores, y no fué menester otra cosa para que los mozalvillos se entendieran, y á poco, el pajeico, mas diestro y mas osado, se hiciera dueño de la voluntad y el albedrío de la mozueta. Con que se abrió nueva sangría á la bolsa de D. Luis, porque Juanico alimentaba en sus tempranos días añejos vicios. ¡Tanta era y tal la corrupción que la guerra continuada, las revueltas sin término seguro y las gentes maleantes que de Castilla pasaban allá habían traído sobre la Flandes!

Resistíase muchas veces la rapaza de Luisa á regalar con la plata de su tío á Juanico, pero poníase Juanico triste ó fingía desesperación, y ya Luisa no era mujer de negarse á los deseos del paje.

Ellos se veían y hablaban de noche, por una reja del jardín de la casa, que tal llamaban á unos trascorrales en donde la sobrina del consejero tenía plantados pocos árboles y algunas mas flores. Allí, venida la hora de los amantes, cuando su señor, que en mucho le tenía, no le había menester, llegaba Juanico saltando tapias y desquiciando puertas, hasta topar con la reja en que impaciente aguardaba Luisa. Contar lo que se decían, lo peligroso de aquellos entretenimientos, las libertades del pensamiento á que la ocasión daba lugar, y las astucias que el paje ponía por obra para sacar los dineros á la confiada doncella, por demás sería. Baste con decir que no faltaba aquello de «¿me quieres, Juan?» á que respondía el taimado del paje con algun romance aprendido en los libros, ó algun razonamiento amoroso que había escuchado

colocamos sobre la carta de la muerte el capital de nuestra existencia.—A veces la carta es una sota.—¿Y qué es una sota?—¿Una mujer?—No: un pedazo de papel.—Vuelta al papel; «papyrus», que decían los latinos.—Estoy en donde estaba.—El mundo es una noria.»

—Y tú das vueltas en ella, exclamé sin poderme contener.

Dios sabe cómo me vi para apaciguar á mi mal humorado «humorista», que al fin se largó con viento fresco. Ya me creía libre de hombres de letras, pero «estaba escrito»: me había persignado con la mano izquierda, y el día continuó siendo fatal, climatérico, funesto.

El tercer literato que entró ayer en mi tienda para que le sacara una muela, me aseguró que el «humorismo» es el idealismo, mezclado con el realismo; es aquel género literario que emplea imágenes, formas y palabras sencillas para espresar grandes y sublimes pensamientos; el que para dar idea de la grandeza de Dios, habla de las hormiguitas, y de los tallos del peregril, y de los caracoles; y de otras menudencias por el estilo, «si licet in parva», etc. que este es el latín que los tales usan.

Quedé, pues, convencido de que mis parroquianos trataban de volverme loco; y para evitarlo me entregué por la noche á estudiar el «humorismo». Ya daré cuenta del resultado de mis estudios.

SÚPLICA.

Lo que los niños con sus juguetes, hacemos los hombres de la generación presente con los héroes y poetas que nuestros abuelos respetaron y amaron. Les cojemos de encima de la rinconera, les damos vueltas en las manos, y concluimos por desmontar las piezas de que se componen para ver qué tienen dentro y qué clase de resortes forman el mecanismo que les hace abrir los ojos y saludar con la cabeza.

Las víctimas de este instinto de destrucción son ya numerosas, y aumentan de hora en hora.

No hablemos de Ossian, idolo de nuestros padres, que cayó hecho polvo en cuanto la criada le tocó con el plumero; ni de sus pobres hijos, Oscar y Malvina, que se pararon á las cuatro vueltas de cuerda; pero Guillermo Tell,

Heróe inmortal
Que á los suizos
Dió libertad;

Guillermo Tell, que agradaba tanto puesto en música por Rossini, y que parecía construido en Baden, según lo completo de su mecanismo, la perfección con que disparaba una flecha y guiaba una barca, ¿qué delito había cometido para que esos vándalos llamados «críticos alemanes» le hayan abollado, partido, desmenuzado, como don Quijote las figuras del retablo de maese Pedro?

Mas, ¡ay! que el espíritu destructor es contagioso; ¡ay! que ya otro crítico español, el Sr. Canalejas, ha cojido en sus manos á Homero, y que, según los ojos con que le mira y las vueltas que le da, nos parece que le anda buscando las coyunturas. Ya viene bastante quebrantado del reconocimiento á que le han sometido esos bárbaros alemanes, y milagro será si queda de él mas que pedazos.

Pobre idea del héroe y del poeta nos dan estos críticos de ahora. Poetas y héroes se forman como el cuerpo

á su amo; ni aquello otro de «por ventura, Juan, no me engañas con otra mujer? Dícame que hay viuditas tocadas, que acaso gustan de serlo y de querer á los pajeicos lindetes y bien hablados como tú.» A lo que solía replicar el hijo del hermano de la cuñada del ama de D. Luis:

—Précio me yo en mas que de galán de tocas. Ni estoy por el abadejo, que me gustan la vianda y la mujer frescas, y solo el vino entrado en años. No me faltaria viuda que de mí se prendase, ni casada con quien no ganara amistad, y harto con esto te digo; pero tiéneme tú hechizado, y aunque mozo, juro á Dios que soy leal á mis promesas.

No va á cuento proseguir relatando las pláticas nocturnas de Luisa y el paje; ellas eran como las de todos los enamorados.

También había sus músicas, que no faltaba á Juan un amigo de esos que decimos mocitos de barrio, que con él tañese tal cual noche enfrente de los balcones de su dama: ó algun pastel acaso tomado de la mesa de aquel señor principal á quien servía, y con el que regalaba á Luisa, que le sabía mejor que hostias consagradas (Dios me perdone), por venir de las manos de su amado. Y así pasaban los días y los meses; y la hija del capitán aficionándose cada vez mas del pajeico; y éste pidiendo cada noche mas dineros á Luisa; y el consejero viendo mermada en mas y mas su hacienda, y doblado mas y mas el fuego que le consumía.

IV.

No sospechaba que Luisa tuviera puestos los ojos en tan ruin persona como era un pajeico, y como la muchacha no parecía ventanera, ni caballero paseaba la calle, ni señal alguna pudo ver de la niña para galanes de fuera, ó de estos para ella, el buen letrado estaba satisfecho y sosegado, en cuanto el incendio de su alma se lo consentía. Porfiaba consigo mismo que por qué no debería contar á su sobrina sus afanes, hacerla participante de sus ansias, árbitra de su suerte y esposa suya, si en ello venía.

del gracioso en las comedias de magia. Una voz grita por el cañon de la chimenea, «¡allá voy!» y caen por el dicho cañon, primero una pierna, luego un brazo, luego otro, despues el torso. La cabeza tarda mas, pero al fin cae la cabeza; un actor la coloca sobre el cuerpo, arriado á la pared, y éste, entonces, se encuentra tan sin rajas ni solución de continuidad como si nunca hubiera sido dislocado, y echa á andar y á hablar diciendo: «soy un héroe», ó «soy un poeta», ó lo que bien le parezca.

Así se formaron, según los sabios del día, Guillermo Tell y Homero; y aun hubo un momento en la literatura patria, en que un jesuita sostuvo que el Cid no había sido engendrado por diverso procedimiento. Despues se probó que Rodrigo de Vivar no había sido construido en Baden, y que en su vida había albergado en la cabeza un cuclillo armónico, que ejecutase sonatas por las mañanas; pero España corrió grave peligro de quedarse sin su héroe popular y de llorar abrasada á la Suiza.

¡Por Dios! Sr. Canalejas, catedrático de la Universidad y del Ateneo: ¡desarme Vd. á Homero en la soledad de su despacho, donde no lo vea la gente; y, si se convence Vd. de que realmente tiene dentro su correspondiente caja de música, no nos lo diga Vd.; antes devuélvanoslo Vd. bien arregladito, y déjenos creer que nació en Grecia, de su padre y de su madre, y que no fué fabricado en Nuremberg, ni compuesto de pedazos de diversas maderas perfectamente ensamblados y barnizados por hábil artifice.

FIGARO humildemente lo suplica.

BOLSA.

La Bolsa..... ó la vida.
(De varios autores.)

Gira la rueda motora,
se menean las palancas,
y el líquido entonces sube.
(De Bermejo solo.)

FIGARO, á fuer de barbero, debe asistir á la Bolsa, como á todos los sitios en que se afeita ó desuella.

Asiste, pues, y observa, y jugará á la alza ó á la baja cuando tenga dinero, ó por mejor decir, cuando tenga humor de ver pasar el dinero de su bolsillo al bolsillo ajeno. Si no juega, ¿por qué va? preguntará algun bolsista. Va porque en ese paraje se mira el hombre bajo uno de sus aspectos mas interesantes: haciendo negocios.

Cierta escritora inglesa ha dicho, que una reunion de hombres que se ocupan en asuntos de dinero, da idea bastante exacta de una reunion de lobos congregados alrededor de una presa.

El símil es duro, y se conoce «que no fué leona la autora;» pero es lo cierto, que ni la guerra con sus horrores, ni el naufragio, en el que el marido abandona á la mujer ó el hermano rechaza á la hermana para ocupar un puesto en la barca en que juzga salvarse, presentan al hombre tan sin piedad con el hombre, tan absorbido por el egoismo como la Bolsa.

Un paso mas allá de su umbral, el bolsista vuelve á ser un caballero civilizado como otro cualquiera y humano como cualquier otro. Si un amigo «que no haga negocios» se le acerca y le pide cien duros, él, que acaba de empujar á ciencia cierta y sin gran provecho propio á la ruina á un adversario, prestará de buena voluntad los cien duros: si su mujer, llegado á casa, solicita doble cantidad para socorrer una desgracia, el bolsista la dará, y querrá que le describa la triste situación de la persona ó familia á quien socorre, y la compadecerá. ¡Pero dejar de ganar mil reales en una jugada, aunque sean el último recurso de una familia! ¡perder quinientos, aunque para salvarlos sea preciso conmovier á toda una ciudad y causar inmenso daño! Eso no lo hará jamás el bolsista que sepa su oficio, que sea verdadero «bolsista.»

¿De qué proviene semejante anomalía?

Pero el temor de un desengaño, la vista de su talle mal compuesto, del rostro surcado por la reja del tiempo, de su torpe andar deteniente con mortales congojas. Si Luisa le escuchaba con risa; si le recibía con llanto y dolor; si le contestaba con desden; si pedía al capitán que la apartase de aquel viejo torpe, que vendía su estimación y nobleza á un pensamiento liviano.... todo ello martirios eran para el desdichado consejero, que ni reposaba en el lecho, ni acertaba en el Consejo, ni probaba apenas bocado, ni asistía con aquella frecuencia y devoción que siempre tuvo al servicio del rey, ni hubiera ya preferido, como en antes, sobre todas las cosas de la tierra á D. Felipe el II.

En mil perplejidades hallábase un día, cerrado en su aposento, abierto ante su vista un Bártulo en que leía con los ojos y no con el pensamiento, cuando asomó por la puerta de la estancia la cabeza de Luisa.

—Tío y señor, dijo la muchacha, ¿puedo entrar?

De grana se puso el rostro de D. Luis, que replicó á su sobrina:

—¿Qué me quieres, hija mía?

—Tiéneme dicho vuesa merced, repuso la mozueta, que cuando venga á casa un joyero, ha de feriarne un collar.

—Cierto que te lo he dicho, añadió D. Luis, y cumpliré mi palabra cuando ocasión venga.

—¡Há!la.... murmuró, los ojos bajos, Luisa.

—¿Vino un joyero?

—¡Fuera aguarda.

—¿Y qué trae?

—Un collar de perlas.

Calló una breve pieza el consejero, y luego, grave y tembloroso:

—Escúchame, Luisa, la dijo.

Y comenzó de hablar de la siguiente manera:

(Se continuará.)

Es que la Bolsa es la guerra, y «à la guerre comme à la guerre.» Guerra de dinero en la que, como sucede en la de soldados, no se puede despreciar ningún hecho, ningún incidente, por pequeño que sea, y en la que una falta, un descuido pueden producir una derrota, ó lo que es peor, arrebatarse al general la confianza en sí mismo, la fé en su talento y fortuna que le sostienen y fortalecen en la pelea.

¡Un hombre al agua! ¡Bah! por eso no ha de interrumpir su marcha el buque: que luche como pueda con las olas, ó que se deje ir á fondo, que será lo mas breve. ¡Un herido! ¡un muerto! ¿Por ventura hemos venido á la guerra, es decir, á la Bolsa, para morir de viejos?

La guerra, aquí, se hace con oro, como en los campos de batalla con plomo y con hierro. Vence el mas hábil, el mas diestro ó el que dispone de mayor masa de fuerzas. También triunfa el que, como el soldado inglés, no conoce cuando es derrotado y no se deja influir por causas morales: es decir, el que arroja á la puerta de la Bolsa sentimientos y preocupaciones que fuera de ella son tolerados, y, á veces, aplaudidos por la sociedad. Al soldado británico hay que matarle para que se confiese vencido: al bolsista impertérrito hay que cerrarle la puerta del «establecimiento» para que renuncie á la esperanza de llegar á general; es decir de enriquecerse, de pasear por la Castellana en una elegante victoria tirada por dos valientes yeguas alemanas y de tener palco en el teatro Real.

Tiene de bueno la Bolsa sobre la guerra, que aquí las heridas no se ven, ni los lamentos se oyen. Los muertos mismos «gozan de buena salud», y se mueven, y se agitan, y saludan afables, y aprietan la mano que les ha herido, y sonríen. A primera vista, la Bolsa parece una reunión de hacendados lonjistas de ultramarinos, que, en traje mas ó menos desaliñado, como de mañana, se ocupan activos en comprar ó vender sacos de azúcar y canela. Y en verdad que, si cada cual públicamente lamentase sus pérdidas ó celebrara sus ganancias, habría que adoptar la costumbre de los de París, donde todas las operaciones se hacen á gritos; á la manera del encarcelado que canta para que no se oiga el ruido de la lima con que intenta romper los hierros que le sujetan.

Mas basta de reflexiones téticas, que en boca de FIGARO sientan mal.

—Déme Vd. un hilo, decía FIGARO uno de los días pasados á un bolsista ducho y empedernido, un hilo con que guiarme en este laberinto.

—Es muy sencillo, me respondió. En la Bolsa de Madrid juegue Vd. siempre á la baja, aunque tenga que vender la bacía y la guitarra.

—Pero si el orden se consolida, si la paz se asegura, si los ferro-carriles logran....

—A la baja.

—Pero la baja tiene límites, y cuando á ellos se aproxima, la pérdida es inevitable.

—A la baja.

La explicación que me hizo de este fenómeno de un juego en que no salen mas que unas cartas y en el que muchos jugadores apuntan, sin embargo, á las contrarias, es bastante larga y la referiré otro día á mis lectores.

Concluida que fué, dije á mi maestro:

—La ciencia sin la práctica no es nada; la imitación me ha probado bien las pocas veces que puse una peseta al monte, y la confianza en el criterio propio, muy mal. Señáleme Vd. algún astro cuya luz y cuyas oscilaciones puedan servirme de guía.

—Aquí no hay astros, me contestó. Se quedan, por lo común, en sus casas, y reparten el luminoso y el calórico con gran parsimonia. Pero Vd., como sevillano, será algo orientalista, es decir, aficionado á las cosas del Oriente.

—Un poco.

—Y ¿qué le gusta á Vd. mas, la India ó la Judea?

—Hombre, no comprendo la pregunta.

—Pues si quiere Vd. salir de rapa-barbas, es preciso que Vd. comprenda y que elija bien. De lo contrario no juegue Vd. en la Bolsa de Madrid, ó pida prestado el millar de millones del Banco de Francia, ó péguese usted un tiro desde el principio, ó hágase Vd. accionista de ferro-carriles.

Y esto fué lo único que FIGARO sacó en limpio de su primera escapatoria á la Bolsa, á la que se propone volver; al menos hasta descifrar algunos de los enigmas que el bolsista empedernido, su amigo, le propuso y que vivamente han excitado su curiosidad.

Es copia,
CÁNDIDO.

DICHOS Y HECHOS.

Aunque es gloriosa la historia de las Cortes de Cádiz, cura de las libertades públicas en España, por nada del mundo quisiéramos hoy haber formado parte de ellas.

Como quedaban tan pocos de aquellos diputados, los diarios políticos los han contado y siguen las vicisitudes de su salud con una atención laudable, pero que debe parecer algo molesta á los interesados.

Hace poco que anunciaron la muerte del único diputado de aquellas Cortes que quedaba. Despues averiguaron que vivía otro, y rectificaron su aserto diciendo: «AUN vive otro diputado..... etc.»

¡Por Dios, amados colegas! que á nadie le gusta que le recuerden que tiene un pié en el sepulcro.

Los diputados de las Cortes de Cádiz y los marinos de Trafalgar deben ser los hombres mas desgraciados del mundo; ¡Vean ustedes en lo que consiste la gloria!

Agradece FIGARO á «El Imparcial», que tantas pruebas da de merecer es título y de ejercer con conciencia el periodismo, la forma en que anuncia la reaparición en escena de FIGARO; pero no puede menos de quejarse de que le atribuya la mi-

sión de resucitar á un muerto. No es taumaturgo, y harto hará con vivir como puede, sin meterse á resucitar á nadie: cuanto mas que la empresa, sobre ser superior á sus facultades, sería inútil, habiendo en las letras tantos autores que levantan muertos en un credo, y resucitan difuntos, de España ó del extranjero, con la misma facilidad que otros tienen de morir.

Tropieza FIGARO en «La Iberia», con una nueva categoría de suscritores á periódicos; y es la de *suscriptor indefinido*, á la que pertenece el Sr. D. A. Elola, vecino de Andújar.

No es extraño, sea lo FIGARO tan joven, que no conociera esa clase de clientes; pero le agrada, y desde este momento abre una lista de *suscritores indefinidos*, comprometiéndose, por su parte, á ser periódico *indefinido* si su número asciende á una cifra respetable.

Siempre ha sido FIGARO un tanto escrupuloso con las modas, y siempre ha gustado de que en ellas se mezcle el arte con la comodidad, la modestia con la posible economía, puesto que no censure el lujo moderado, que es prenda cierta de prosperidad para los pueblos.

Por esta razón ve ahora complacido el lado artístico (elegante) de algunas modas de señoras; con sentimiento ve tenida en poco la comodidad de las hermosas, en el uso de algunos trajes molestos; deplora exageradas cortedades y larguezas, que ofenden mucho á la apetecida honestidad, y no se complace viendo que todas las clases sociales gastan hoy en vestir mas de lo que tienen ó de lo que pueden.

Asunto es este sobre el cual FIGARO se permitiera algunas libertades si el trato largo con las mujeres le diese autoridad para ello, porque los consejos ó las amonestaciones de la gente que nos es conocida en poco todavía ofendemos mas que otra cosa.

Cállase FIGARO, pues, por ahora, prometiendo pisar á alguna amiga suya la cola con que barre la calle, á medias con el ayuntamiento, ó echar su protectora capa sobre el talle de alguna otra amiga indiscreta que se figure haberse trocado en bailarina, y la calle en tablado de un teatro.

Preguntaba FIGARO antes de ayer á una mujer de buena sociedad (no porque siempre la sociedad sea buena, sino porque así la llaman); preguntaba, digo:

—¿Por qué por la mañana salen Vds. á la calle, como decíamos en mi pueblo, *rabicortas*, y enseñando el breve pié, que siguen con pié ligero los aficionados á adorar el santo por la peana; y luego en la noche van Vds. á bailes y saraos, mostrando la garganta, los hombros y los brazos, como no sea mas, y tapando los pies?

—Porque, me contestó, sería imprudente descubrirlo todo al mismo tiempo.

Dante se ha puesto á la moda en estos últimos tiempos entre nosotros. Todo el mundo traduce al poeta florentino, todo el mundo habla de él, todo el mundo le prologuiza, y todo el mundo quiere hacer publicaciones de la *Divina comedia*.

FIGARO reconoce para esta exuberancia de favor á Dante una de dos causas, ó las dos á la vez.

Primera: el miedo que los hombres de mas ó menos letras han cobrado á la traducción del conde de Cheste, conocida de antemano por algunos infortunadísimos *echantillons* (FIGARO no se atreve á llamarlos fragmentos, sino *cachos*, ó cuando mas pedruzcos).

Segunda: la seguridad que todos vamos adquiriendo de que es preciso tener con tiempo anticipado noticias de los lugares que se van á visitar. Nada mas natural, cuando se quiere hacer un viaje á París, que comprar la guía de París: despues de todo la *Divina comedia* es la guía de los infiernos. Con ella, y con los de Larra, puede uno ir al bátraco seguro de encontrar la mejor fonda y la peluquería de mas fama.

Para este último servicio, FIGARO dará cartas de recomendación á sus favorecedores.

Desde el principio de su nacimiento á la luz pública dijo FIGARO que no se proponía hacer reír á carcajadas á ninguno de sus lectores pios, benévolos, sensatos ó amables. Y para ello tenía y sigue teniendo muy buenas razones.

Pero entre ellas, acaso la mejor será el conocimiento de las cualidades que distinguen á sus conciudadanos. FIGARO sabe que en España muy pocos se rien de un chiste, aunque todos sueltan la carcajada cuando ven que un semejante suyo se ha roto la crisma contra una esquina, ó ha pagado el batacazo mas tremendo de los siglos.

Y esto supuesto, aspira FIGARO, cuando mas, á producir unas cuantas sonrisas de placer.

La sonrisa sí es característica y propia de nuestro suelo.

Un español sonríe por todo.

Supongamos que se encuentran dos en medio de la calle, aunque no se conozcan ni se hayan dado en su vida la palabra de Dios. Que de ambos, el uno, que no tiene reloj, quiere saber la hora, y el otro, que lleva cronómetro de Losada, maldito el interés que tiene en conocer el momento de la existencia en que se halla.

Allá va el diálogo que entre ambos se sostiene.

Pregunta el uno, *sonriendo*:

—¿Quiere Vd. hacerme el favor de darme hora?

Contesta el otro, *sonriendo*:

—Al momento caballero.

Observa el primero, *sonriendo*:

—Si no molesto á Vd., señor mío....

Replica el segundo á la observación, *sonriendo*:

—¡Oh! de ninguna manera....

Saludo gracioso de aquel, *sonriendo*:

—¡Muchas gracias!

Contestación resolutiva del que tiene cronómetro, despues de haber visto la hora, *sonriendo*:

—Las doce.

Segunda observación del que no tiene reloj, *sonriendo*:

—¿Las doce ya?

Rectificación de aquel, *sonriendo*:

—Sí, señor.... Las doce y cinco.

Segundas gracias del peticionario, *sonriendo*:

—Muchísimas gracias, caballero.

Saludo afectuoso del interpelado, *sonriendo*:

—No hay de qué. Usted mande.

Despedida del primero, *sonriendo*:

—A la orden de Vd.

Despedida del segundo, *sonriendo*:

—Beso á Vd. la mano.

Y se separan despues de haber cambiado entre sí doce sonrisas.

Es verdad que la sonrisa entre nosotros no siempre es señal de satisfacción y de contento; aquí damos una sonrisa al que odiamos, y la recibimos del que nos suelta la grata noticia de que la mujer nos engaña.

Sin ir mas lejos, FIGARO responde de la exactitud y autenticidad del siguiente diálogo entre dos personas conocidas, que no se habían visto en algun tiempo.

Con una sonrisa graciosa:

—¿Cómo está el papá de Vd.?

Con una sonrisa de extrañeza:

—Pues que.... ¿no sabe Vd.?

Con una sonrisa graciosísima:

—No; nada sé.

Con una sonrisa melancólica:

—Ha muerto.

Con una sonrisa amable:

—¿Qué me dice Vd.?

Con una sonrisa delicada:

—Ya va para seis meses.

Con una sonrisa filosófica:

—Si no valemos nada!...

Con una sonrisa prolongada:

—Crea Vd. que es para mí una pérdida inmensa.

Con otra sonrisa igualmente prolongada:

—Lo creo, lo creo....

Momento en que cesan las lenguas, pero no las sonrisas.

Luego, con una sonrisa franca y amigable:

—Adios, querido. Salud para rogar por él.

Con la misma sonrisa franca y amigable:

—Gracias; ¡adios!

FIGARO, sin embargo, asegura que la pérdida del padre y del amigo es muy sensible, dolorosa quizá; para los dos interlocutores; pero el hábito de la sonrisa está por encima de todo.

Como la cantidad perjudica siempre á la calidad, FIGARO renuncia á hacer reír, y se contenta con arrancar algunas sonrisas placenteras.

El Caballero de la Triste Figura, es decir, el periódico burgalés que ha soltado á Cervantes una tercera parte de su *Quijote*, es un verdadero lobanillo que ha salido á la literatura debajo del sobaco.

Publica unos romances, que llama españoles, mejor dijera en *pañales*, que hacen á FIGARO pensar seriamente en la transmisión, temeroso de pasar alguna vez de este su cuerpo chocarero al sentimentalismo (vaya por el superlativo) de un poeta futuro como el poeta de los romances de la *triste figura*.

Y si no, véase una muestra de la obra del nuevo historiador de D. Quijote de la Mancha:

Por toda España se cuenta
Que se casa el Rey navarro,
Y Alcorec la hermosa mora
Ha firmado los contratos;
Y el pueblo español, que vive
En medio de dos escándalos
Mejor quiere reina mora
Que faltar al Rey Don Sancho.
Mas es pueblo que bien piensa,
Aunque calla en muchos casos,
Y si pasa por muy mucho
Jamás pasa por engaños,
Que es uno tener prudencia
Y es otro no ver escándalos.

En honor de la verdad, los versos tienen su malicia, á lo que entiende FIGARO, y por eso los copia. No por iguales motivos regala á los oídos delicados estos otros que siguen:

Estréllanse las palabras
Que la mora está llorando:
Primero en los ajimeces,
Despues en el almenado
Del alcázar que cerca
Los jardines del palacio;
Y en las flores se dibuja
El adorno cairelado
De algiarín misterioso
De donde sale aquel llanto

El poeta no ha visto bien seguramente lo que hacia la mora. ¿Qué palabras son esas que llora, y qué llanto tan copioso ese que se estrella primero en los ajimeces, cae despues sobre las almenas y de allí al jardín, y en el jardín adorna con caireles las flores y las yerbas? Vamos, lo dicho: el poeta no ha visto bien lo que hacia la mora.

El algiarín ó *anguarina* de donde sale aquella cosa que parece llanto, da mucho en qué pensar á FIGARO.

Hay un bendito señor en cierta provincia de España, que está escribiendo, y lo que es peor, publicando la tercera parte de las aventuras de D. Quijote de la Mancha.

¡Válganos Dios por el nuevo Avellaneda! ¿Quién le habrá metido en moler los huesos al manco-sano, regocijo de las musas al buen Miguel de Cervantes?

Perdonen Vds. á FIGARO este breve impulso de cólera literaria. Pero, como dice la Zamacois, en la zarzuela de Larra, sean ustedes jueces de lo que ocurre:

¿se puede mirar con calma á D. Quijote, tomado de los cabezones y echado á rodar por esos mundos de Dios, en pleno siglo XIX, con Sancho al lado, Rocinante de bajo y el sentido comun ausente?

¿De qué valió al inmortal creador del buen Quijada colgar la pluma de la espetera, y escribir debajo:

nadie la mueva

que estar no pueda con Orlando á prueba?

¿Para cuándo son los rayos, Febo divino?

MADRID, 1868.—Editor responsable, D. Antonio Andrés Babi.—Imprenta del mismo, Travesía de la Ballesta, núm. 7, bajo.